



LA MULTIPLICACION DE LAS ARMAS Y LAS GUERRAS

EDUARDO HARO TECLEN

EN 1898, el Zar Nicolás II propuso una conferencia internacional para la limitación de los armamentos. Era una idea completamente nueva en la Historia de la Humanidad. La carrera de las armas progresaba en el mundo desde la prehistoria —desde la primera piedra aguzada— sin que nadie hubiese pensado jamás que debería ponerse un fin. Si acaso, algún intelectual. La baronesa Berta de Sutner había publicado en 1890 su novela "¡Abajo las armas!"; tendría un éxito que la conduciría al Premio Nobel en 1905. Pero la guerra y las armas formaban parte de la moral usual, y seguirían formando parte durante mucho tiempo. La convocatoria de Nicolás II produjo una cierta desconfianza. Rusia atravesaba una situación financiera grave, pero no podía sustraerse al peso del rearme, a menos de que lo hicieran los demás. Las otras naciones, sin embargo, no dejaron de ver con interés el asunto: podría ser, efectivamente, conveniente para todos. Las armas suponían un gasto enorme y generalmente improductivo: envejecían en los arsenales sin ser usadas: cada nuevo invento hacía inútiles las armas anteriores. En 1883, sir Hiram Stevens Maxim inventó la ametralladora automática: los Estados dedicaron sus presupuestos a investigar por ese terreno. De esta forma, se reunió en La Haya, de mayo a julio de 1899, la primera conferencia internacional de limi-

tación de armamentos, con asistencia de 26 naciones.

Si tomamos el índice 100 para calcular los gastos totales del armamento mundial en el año que se celebró la conferencia de La Haya, el índice actual es de 3.000. Es decir, que en precios constantes los gastos del mundo en armamento son ahora del 3.000 por 100. Lo cual parece indicar que la conferencia convocada por el Zar Nicolás II no tuvo el éxito que se esperaba. Ni los intentos posteriores. Por el contrario, la aceleración en los gastos e investigación del armamento es superior a todo lo previsible. Hay menos distancia entre la piedra afilada de la prehistoria y la ametralladora Maxim de once proyectiles por segundo que entre ésta y la bomba de neutrones que se dispone a fabricar Estados Unidos. Es decir, que en los setenta y siete años de este siglo se ha progresado mucho más en el arte de matar en la guerra que en los milenios de la Historia y la prehistoria precedentes. Y así en 1976 el mundo se ha gastado en armas la cifra de 334.000 millones de dólares. (Según otras posibilidades de cálculo, la cifra sobrepasaría los 400.000 millones de dólares.)

Las dos fuerzas opuestas del mundo —los Estados Unidos con la OTAN, la Unión Soviética con el Pacto de Varsovia— han gastado en conjunto el 70 por 100 de esta cifra. El Tercer Mundo, un

15 por 100: 51.000 millones de dólares. Dentro de este total del Tercer Mundo, Oriente Medio gastó el 53 por 100, el Lejano Oriente (sin China) el 13 por 100, África otro 13 por 100, el Sudeste asiático el 8 por 100, América del Sur un 11 por 100 y América Central el 2 por 100. No hay información concreta sobre China: se calcula que ha gastado el 10 por 100 del total mundial. Es de observar que cuanto más pobre es el país, más alta es la desproporción del gasto militar. Si los Estados Unidos gastan 425 dólares por cabeza en armas, Israel gasta 1.050. Pero el producto nacional bruto por cabeza de Israel es de 3.600 dólares; el de Egipto es solamente de 302, y sus gastos militares de 140.

Por otra parte, para los países de gran desarrollo la producción de armas constituye un negocio, un ingreso importante: para los países del Tercer Mundo es solamente un terrible gasto en divisas. El 90 por 100 de las armas vendidas en 1976 procedían de solamente cuatro países: Estados Unidos, Unión Soviética, Gran Bretaña y Francia (EE. UU. y URSS, el 34 por 100 cada una; GB y Francia, el 10 por 100 cada una).

Las Conferencias de La Haya se prolongaron hasta 1907, sin resultados tangibles en cuanto a la limitación. Consiguieron algunos progresos en la moralización de la guerra y en los intentos de prevención. Se llegó a establecer

un Tribunal de Arbitrios en La Haya para evitar conflictos entre naciones y llegar a la solución pacífica de diferencias, siempre que no envolvieran "el honor o los intereses vitales"; esta institución se convertiría más tarde en un Tribunal Internacional. Se codificó la guerra con la intención de humanizarla... Pero todos estos intentos terminaron en la primera guerra mundial. Esta vez, la noción de barbarie de la guerra y la necesidad de terminar con la carrera de las armas se hizo más profunda. Se llegó a la Conferencia de Washington en 1920-1922, al plan soviético de Litvinov en 1928 y a las Conferencias de Desarme propiamente dichas, consideradas como las primeras (reduciendo las de La Haya al papel de precursoras) en 1932 a 1934. Las patrocinaba la Sociedad de Naciones, pero a ellas acudieron la Unión Soviética y los Estados Unidos, que no eran miembros. Hasta sesenta naciones participaron. La principal objeción de carácter razonable que se opuso continuamente a la idea de desarme fue la de Francia, que mantenía que lo primero era conseguir la seguridad mundial, la confianza de las naciones entre sí —tesis no muy lejanas a las que se escuchan ahora en las conferencias internacionales, y base filosófica de la de Helsinki, que continúa en Belgrado— y que mientras no se alcanzara, ninguna nación renunciaría a sus armas. Pero la objeción más válida, más eficaz para acabar con la negociación de desarme fue el acceso de Hitler al poder en enero de 1933: en el mes de octubre, Alemania se retiró pura y simplemente de la conferencia y acentuó su fabricación de armas. Las demás naciones se dedicaron afanosamente a la misma tarea, y así estaban bien nutridas cuando estalló la segunda guerra mundial.

La idea de desarme aparece incluso durante la guerra: está ya expresada en la Carta del Atlántico de 1941, y en 1943 los "cuatro grandes" la hacen patente en la Declaración de Moscú, y surge en el artículo 26 de la Carta de las Naciones Unidas de 1946. Pero la bomba atómica había hecho su aparición en agosto de 1945... Enumerar las reuniones, conferencias, conversaciones, unas bilaterales y otras mundiales, sobre las que se basa ahora y desde entonces la idea del control de los armamentos sería llenar varias páginas. Estamos ahora en las SALT, en la conferencia de Vladivostk, en la de Viena. Se han introducido nuevos términos: en mayo de este año se ha abierto la convención sobre la guerra ecológica, para prohibir toda arma que tienda a la modificación del medio ambiental con daños "amplios, durables o severos". La respuesta es la

LA MULTIPLICACION DE LAS ARMAS Y LAS GUERRAS

bomba de neutrones, que mata, pero no causa daño a los edificios, industrias o agricultura. Matar, desde luego, sí mata... Mientras las negociaciones prosiguen, en 1976 se han producido 40 explosiones nucleares de ensayo (16 soviéticas, 15 de Estados Unidos, cuatro por Francia, cuatro por China, una por Gran Bretaña). Con estas explosiones son más de mil las efectuadas desde 1945. Una de ellas, de un país nuevo entre los que tenían el monopolio: India. Pakistán —su enemigo— tiene posibilidades de construir el arma nuclear. Se habla de que Israel la tiene ya dispuesta a ser lanzada. Y otros países están en el umbral.

Hay, además, una cierta cantidad de plutonio desaparecido, en no se sabe qué lugar del mundo, capaz para construir quince bombas atómicas. Son cien kilos que desaparecieron hace seis años sin dejar rastro: se les perdió a los ingleses. Estas pérdidas no son extrañas. En 1964, los inspectores de la Comisión de Energía Atómica encontraron que en una planta de Pensilvania faltaban 200 libras de uranio 235: suficiente para hacer cuatro bombas de una capacidad explosiva igual a 20.000 toneladas de TNT. No se ha podido aún averiguar dónde ha ido a parar este uranio.

La cantidad de armas nucleares estacionadas por todo el mundo, y no sólo en los silos de las dos grandes potencias, sino en las bases establecidas en territorios considerados como aliados, es de tal magnitud que las extremadas medidas de seguridad no pueden impedir que se produzcan accidentes. La media de accidentes con armas nucleares se calcula en uno cada tres meses. Dicho de otra manera: en los últimos treinta años se han producido 125 accidentes. Veintidós de ellos corresponden a la Unión Soviética; en 32 sucedidos a los americanos se cree que han sido totalmente destruidas armas nucleares.

Un "misil" norteamericano "Corporal", armado con cabeza nuclear, cayó "rodando como un tronco hasta caer en el río Tennessee"; un submarino nuclear americano se "anegó en las redes de un pesquero francés" en el mar de Irlanda; un avión soviético se estrelló en el mar del Japón, y la flota de los Estados Unidos recuperó entre los restos una bomba nuclear. En septiembre de 1968 estalló y se hundió en el mar Negro un navío soviético cargado con misiles nucleares. Se sabe de por lo menos nueve ocasiones en las

cuales submarinos nucleares han chocado con otros navíos.

Nadie olvida la bomba de Palomares, en España: caída al mar y buscada durante días con todos los medios técnicos por la flota de los Estados Unidos, fue capturada finalmente por un pescador español. Y sirvió para una de las típicas exhibiciones de Fraga Iribarne que, siendo ministro de Turismo, se bañó en las aguas de Palomares para demostrar a los posibles turistas que no había riesgo de contaminación. No hay indicios válidos que permitan creer que las actuaciones posteriores de Fraga Iribarne se deban a alguna posible radiación recibida en aquel baño histórico.

En el mundo de los accidentes por materiales de guerra podría incluirse el de la dioxina Seveso, Italia, el 10 de julio de 1976. La dioxina es un agente de la guerra química: el "agente naranja" utilizado en la guerra del Vietnam para destruir el medio ambiente. La diseminación de Seveso fue de unos dos kilos y medio: en el Vietnam, los Estados Unidos diseminaron unos 110 kilos.

Así vemos que en tanto las armas se van perfeccionando para usarse, su capacidad de destrucción no cesa: destruye, por lo menos, los presupuestos y las capacidades de elevación de nivel de vida de un cierto número de países. Cuando se usan, aun siendo de segunda categoría, su daño económico multiplica el daño humano que causa. La guerra de los dieciocho días entre Israel y sus vecinos árabes ocasionó un costo solamente en armas —al que hay que añadir el costo de lo que esas armas destruyeron, más el daño superior de las vidas humanas perdidas— de unos 20 millones de dólares por hora. En los dieciocho días, unos 9.000 millones de dólares. Se perdió un avión cada cuarenta minutos, un barco cada veintisiete horas.

La idea de que el exceso de armamento evita una guerra mundial es una idea sostenible hasta ahora: la del "equilibrio del terror". Evita una guerra mundial nuclear, que según todos los datos actuales produciría la destrucción de la Humanidad, tal vez en un espacio increíblemente corto de tiempo, tal vez en un mayor largo plazo —si se consigue localizar, las radiaciones irían después extendiéndose por el mundo—; pero no evitó el terrible desplafar de miles de millones de dólares, y el sacrificio de presupuestos de países con hambre real, visible, a las necesidades de la guerra. Por otra parte, se ve continuamente el progreso de la invención militar hacia terrenos que hagan posible la guerra: existe una filosofía que

consiste en buscar su posibilidad sin crear la destrucción total. La bomba de neutrones, como ha sido ya expuesto en estas páginas, es una de esas posibilidades: tiende a localizar la destrucción en zonas de frente de combate.

Al mismo tiempo, se mantiene la necesidad de la venta de armas a los países llamados menores. En un mensaje al Congreso, el 11 de julio pasado, Carter emitía estas palabras: "En la medida en que podamos comenzar a hacer emerger un consenso entre las naciones que suministran armas y aquellas que las reciben, sobre la necesidad de restringir esos intercambios, podremos tener una influencia real sobre la situación". Pero inmediatamente anunciaba el envío de armas a Egipto, al mismo tiempo que a Israel. Para mantener un equilibrio, sin duda. Y para armar a Egipto contra Libia, también. Pero tiene otra justificación: "si nosotros dejáramos un vacío en el suministro de armas, otras naciones querrían llenar ese vacío". Problema: la pérdida de control. Y la pérdida de un mercado considerable.

Porque la realidad es que en estos momentos los Estados Unidos tienen unos encargos de armas que se elevan a 30.000 millones de dólares. No siempre son armas que se fabrican para quienes las encargan: son sobrantes, "surplus": armas que han envejecido en los arsenales por la aparición de otras nuevas y que, si son poco útiles para una guerra en la que entrase el lleno Estados Unidos, son todavía modernísimas para países subdesarrollados. La importancia de esos 30.000 millones de dólares en la economía de los Estados Unidos es, de todas maneras, considerable.

No parece posible, por lo tanto, que cese por el momento la fabricación de armas, ni la investigación sobre armas nuevas. Es muy posible que los soviéticos estén ya en posesión también del arma de neutrones: la fabricación de ella por sus enemigos potenciales la habrá urgido a mayores investigaciones y a posibilidades de defensa.

Es así desde la prehistoria. No hay ninguna razón válida para pensar que vaya a cesar. La idea de desarme no tiene más que tres cuartos de siglo, y aunque ha penetrado profundamente en las conciencias humanas, no es todavía capaz de vencer la penetración de milenios de armamento.

El SIPRI: la guerra es posible

Una parte de las cifras contenidas en esta información proceden del Stockholm International Peace Research Institute (SIPRI). El ins-

tituto fue fundado en 1966 por el Parlamento de Suecia como conmemoración de los ciento cincuenta años de paz en Suecia: el Parlamento provee económicamente al Instituto, pero éste actúa con total independencia y autonomía bajo la dirección de un Consejo que forman Rolf Edberg, presidente, Suecia; Robert Neild, vicepresidente, Gran Bretaña; Ivan Malek, Checoslovaquia; Leo Mates, Yugoslavia; Gunnar Myrdal, Suecia; Bert Rölling, Holanda; Tim Greve, Noruega, y el doctor Frank Barnaby, británico, director del Instituto. El SIPRI estudia principalmente asuntos relacionados con la paz mundial y publica anualmente un volumen —un anuario— en el que recoge todos los cambios en el arsenal mundial y señala los esfuerzos de control de armamentos.

En el Anuario de 1977, el SIPRI describe las posibilidades de una guerra: "En un conflicto futuro, una guerra en una región inestable envolviendo Estados clientes (de los mercados de armas) semejantes, puede escalar a una guerra nuclear generalizada entre las dos grandes potencias. El conflicto podría comenzar como una guerra convencional, pero escalar a una guerra nuclear local peleada con las armas nucleares de las potencias regionales. Esta guerra nuclear podría, entonces, escalar hasta envolver a las grandes potencias en un intento por impedir la aniquilación de sus clientes. Esta cadena de acontecimientos tiene muchas más probabilidades de presentarse en un momento en el cual una de las grandes potencias perciba la oportunidad de realizar un primer ataque exitoso. De hecho, las presiones para la escalada pueden, bajo tales circunstancias, ser tan fuertes que sólo a un dirigente político de muy fuerte voluntad le podría ser posible resistirlas. Algunos arguyen que los lazos formados entre Estados como un resultado de cooperación bilateral y multilateral en asuntos económicos, sociales y políticos son, o pronto pueden llegar a ser, suficientemente fuertes como para imponerse sobre las tendencias por confrontación que son la consecuencia de una irrestricta tecnología militar. Pero es razonable dudar de esto, dada la velocidad a la cual la tecnología militar avanza y lo frágil e irregular del progreso de la detente internacional. Aquellos que dudan tienen una opción obvia: la de trabajar por el desarme nuclear. Decir que esto es imposible en el mundo de hoy no sólo es incorrecto, sino que puede ser equivalente a decir que la guerra nuclear es inevitable". ■

La sede del SIPRI es: Sveavägen 166, S-113 46, Estocolmo, Suecia. Su teléfono, el 08-15 09 40.